

Reynier á imitarle, recibía en su cuartel general á los oficiales rusos, aceptaba sus cortesías bajo pretexto de que no se podía eximir de ellas, dejaba que le hablasen de armisticio, también hablaba por su parte, no vendía precisamente á Napoleón, cuyo matrimonio había negociado y á quien debía el bastón de mariscal, pero se dedicaba ante todo á cuidar de su hueste, y después anhelaba estar en franquía para los diversos cambios de política que preveía por parte de la corte de Viena. Al mismo tiempo aconsejaba al general Reynier, á Mr. de Basano y á todos la paz, que era su más ardiente voto como austriaco y como personaje favorecido por la corte de Francia.

Así mientras se iba á pasar el Vístula por nuestra izquierda, sin embargo de las plazas de que éramos señores, también debía esperarse verlo pasar por la derecha, junto á la misma Varsovia, sin embargo de la presencia del príncipe de Schwartzberg, y para hacer cara al enemigo había en Posen diez mil hombres, entre napolitanos, bávaros y franceses, no osando atraer á los veintiocho mil hombres de Grenier y de Augereau, que eran indispensables en Berlín para contener á la Prusia. Por valeroso que fuera el corazón de Murat, su débil cabeza no podía resistir largo tiempo á situación semejante.

No temía el cañón, que jamás le había intimidado, pero la pasión de reinar le devoraba ardientemente. Mil siniestras visiones asediaban su imaginación exaltada. Ya veía á los pueblos de Italia, excitados por los eclesiásticos y por los ingleses, sublevándose desde los Alpes hasta el estrecho de Mesina y derrocando en aquel país los tronos de Bonaparte; ya se creía abandonado por Napoleón mismo, que le amaba escasamente y que, obligado para obtener la paz á sacrificios, los haría de mejor grado en la Baja que en la Alta Italia, y todavía más en la una y en la otra que en Francia. Cuando estas imágenes se apoderaban de su cerebro, perdía su sangre fría, y quería partir para salvar aquella corona, objeto de tan largos deseos y galardón de tanto heroísmo. Tanta vino á ser su desconfianza, que no contando ya ni con su esposa, llegó á temer que se plegase á la política de Napoleón, y esto le daba nuevo motivo para tornar á Nápoles cuanto antes. Atormentado por tales zozobras, por las infaustas noticias que sobre la retirada del ejército le llegaban de continuo, llamó de pronto al príncipe Berthier que seguía de mayor general, aunque medio muerto, y á Mr. Darú, que sólo estaba encargado del material del ejército, si bien era consejero siempre consultado en las circunstancias importantes por su carácter entero y prudencia consumada. Les comunicó su proyecto de abandonar el ejército, alegó su salud por pretexto, y resistió á todas las instancias del príncipe Berthier y de Mr. Darú, que procuraron alternativamente hacer influir en su ánimo el interés del ejército, el interés de su propia gloria, la ira de Napoleón, la dificultad de encontrar quién le sucediese. A esta última objeción respondió Murat designando al príncipe Eugenio, y anunció que le iba á enviar á llamar de Posen. Con efecto, le despachó un correo desde Thorn sin decirle por qué le llamaba al cuartel general. Llegado este príncipe, le declaró su resolución de partir y de designarle para general en jefe del grande ejército, interin las órdenes de Napoleón eran conocidas. Asusta-

do, por modestia ó por apatía, de esta distinción el príncipe Eugenio, era á pesar de todo el único que podía ser elegido, pues se había ganado mucha honra en la campaña de Rusia acreditando rara bizarría, algunos conocimientos militares y verdaderas virtudes. Por último, era príncipe, lo cual se debía considerar mucho en aquel sistema, llegado en poco tiempo á tan monárquico como el de Luis XIV. Estrechó á Murat para que se quedase, no pudo conseguirlo, y acabó por aceptar resignadamente un cargo que miraba como superior á sus fuerzas. Se mantuvo en Posen con los diez mil hombres de todas las naciones ya enumeradas, suplicando al general Reynier y al príncipe de Schwartzberg que se sostuvieran en Varsovia, lo cual le cubría hacia su derecha, contando con que al menos delante de Thorn y de Dantzick se detendrían por su izquierda algún tiempo los rusos, y ordenando al general Grenier con sus diez y ocho mil hombres y á Augereau con los nueve ó diez mil de la división de Lagrange, que estuvieran prontos á venir en su ayuda si la necesidad lo requiera.

¡Véase lo que del grande ejército quedaba! ¡Veinticinco mil hombres en Dantzick, diez mil en las plazas de segundo orden del Vístula, otros diez mil de todas las naciones en el cuartel general de Posen, algunos franceses y sajones dominados en Varsovia por los movimientos del príncipe de Schwartzberg, y por último, veintiocho mil hombres en Berlín á las órdenes de Grenier y de Augereau, y sin atreverse á moverlos de este punto por temor de un levantamiento general de Alemania. Mucho distaba esta situación de la que Napoleón se forjaba, creyendo establecidos todavía doscientos mil hombres junto al Niemen y empleados en disputar á los rusos las poblaciones de Königsberg, Kowno y Grodno, mientras fueran en su ayuda otros trescientos mil soldados.

Llamado había á Napoleón á París la necesidad de organizarlos, y su partida había producido la pérdida de los doscientos mil hombres dejados junto al Niemen. Así fuera preciso que estuviera á la vez junto al Niemen para salvar á los unos, y en París para organizar á los otros. Al dejar el Niemen cometió una falta militar y se hizo culpable del abandono de los compañeros de armas, á quienes había precipitado á un abismo; permaneciendo en aquel punto, dejara entre su persona y París á Alemania insurreccionada, no empuñara bastante de cerca las riendas de su administración vasta y cometiera á la vez una falta política y administrativa; de modo que, cualquiera que fuese su conducta, por alguna parte incurría en falta, cometía dos igualmente graves y se exponía á deplorables interpretaciones. ¡Justo castigo de errores inmensos é irreparables!

Y ahora las consecuencias políticas de estos errores no eran de menos bulto que las consecuencias militares. El jefe de los desterrados alemanes, el barón de Stein, se hallaba en Königsberg juntamente con el general York; allí convocaba á los Estados de la provincia, hacía decretar el armamento de la población toda, y el empleo de los recursos pecuniarios del país sin reserva alguna. A estas proposiciones respondía la adhesión universal, y miles de folletos, de proclamas, de cantos populares inflamaban en nuestra contra las imaginaciones alemanas. De algunos años atrás estaba cubierta Alemania de sociedades secretas, y la principal de ellas,

la de la *Unión de la virtud* (Tugend-Bund), se había esparcido universalmente. El entusiasmo por la patria alemana, el convencimiento de que, unida en un solo haz, figuraría como invencible, de que en lugar de ser alternativamente víctima de los Estados del Norte ó de los del Mediodía, impondría la ley á todos y vendría á ser la primera nación del mundo, la necesidad indispensable de unirse, de no considerarse ya como austriacos, bávaros, sajones, prusianos ó hamburgueses, como príncipes, nobles, de la clase media, ó plebeyos, como católicos ó luteranos, sino como alemanes prontos á dar la vida por su país hasta el postrero, la preferencia dada á todo lo de origen alemán en industria, en usos, en literatura; tales eran las ideas y los sentimientos que se habían dedicado á divulgar estas sociedades, y que se propagaron con éxito inaudito, porque estas ideas y estos sentimientos cuadraban á todas las clases de la nación germánica, y correspondían al amor de la igualdad de los unos, al espíritu monárquico de los otros y al patriotismo de todos, horriblemente atajado por la dominación nuestra. Estas sociedades llevaron desde Königsberg hasta los últimos límites de Alemania, no sólo la emoción natural é inmensa, y que no necesitaba de recursos artificiales para ser propagada, sino la voz de la conducta que debía seguirse. Según ellas, en todas partes convenía correr á las armas, servir al Estado con vidas y haciendas, unirse al emperador Alejandro, libertar á los reyes avasallados á la alianza francesa y destronar como indignos á los que pudiéndose emancipar de esta alianza quisieran perseverar fieles. ¡Viva Alejandro! ¡Vivan los cosacos!, eran los gritos que en el delirio general se hacían oír dondequiera. Hasta había jóvenes alemanes que en su exaltación patriótica se dejaban la barba á semejanza de los cosacos, y no es menos digno de nota que los mismos príncipes y nobles excitaban este movimiento, que, sin embargo de su matiz de fidelidad monárquico, era profundamente democrático al modo que en España, donde se manifestaba igual pasión por la libertad y por el rey cautivo. No sólo se sublevaba el patriotismo nacional y la fidelidad á los príncipes destronados ó abatidos, sino el amor á la libertad, que Napoleón se había jactado de contener en Francia y en el mundo. De esta suerte lo que Napoleón maltrataba en su casa bajo el nombre de ideología, salía en toda Europa de debajo de tierra para asaltarle. ¡Singular lección que debiera servir á todos, y que no había de aprovechar á nadie, pues aquellos príncipes, aquellos nobles, aquellos eclesiásticos que en contra de Napoleón invocaban la libertad ahora, muy pronto, después de Napoleón derrocado, se la iban á disputar y á negar á sus pueblos!

Este vigorosísimo empuje, sólo comparable al que á la aparición del duque de Brunswick el año de 1792 experimentamos nosotros, sintióse á la vez en Berlín, á pesar de la presencia de nuestros soldados, en Dresde, en Munich, en Viena, á pesar de nuestra alianza, en Hamburgo, en Brema, en Cassel, á pesar de nuestra dominación directa. No atreviéndose los prusianos á dar suelta en Berlín, ante la excelente tropa de Grenier, ni con obras ni con gritos á sus resentimientos, á pesar de todo mostraban en sus rostros la alegría más insultante á cada noticia infausta para nosotros, y ni por dinero querían dar cosa alguna á nuestros soldados. Sin

TOMO VIII

embargo, como al lado de los sentimientos más sinceros se abre paso á veces la codicia, aún se encontraban aquí y allí algunos comestibles, si bien á precios exorbitantes. Así ya no eran posibles las requisiciones de que hicimos tanto uso, pagando en bonos liquidables ulteriormente, á menos de provocar un levantamiento inmediato.

Fácil es comprender la sorpresa, el apuro, la perplejidad del infortunado rey de Prusia y de Mr. de Hardenberg, su primer ministro. Desde el principio de su reinado no había cesado de hallarse este monarca probo y prudente en las posiciones más falsas para un hombre honrado y de buen seso. Contra su gusto y contra su instinto secreto, arrastróse en 1806 á romper con Francia, y casi perdió su corona, pues á esto equivalía quedar privado de dos terceras partes de sus dominios, y respecto de la otra, en una dependencia absoluta. Resuelto á no incurrir más en semejante falta, adhirióse en 1812 á la alianza francesa, y aun solicitóla, porque abandonado por Austria y Rusia, después de empujarle una y otra, también se creyó en el derecho de salvarse pactando con el más fuerte. Mientras obraba de este modo, por exceso de precaución quiso hacer que el mismo emperador Alejandro aprobara su conducta, y le envió á Mr. de Knesebeck, quien, con autorización ó sin ella, se adelantó en las excusas hasta el punto de manifestar doblez respecto de Francia. Y véase ahora á este soberano, que, conceptuando mostrarse más cuerdo que el año de 1806 en el de 1812, aun parecía haberse extraviado, pues hallábase condenado á violar su palabra respecto de Francia, lo cual constituía á la vez una mala acción y un peligro, ó á batirse en favor de Francia, su opresora, contra amigos que se brindaban á ser sus libertadores. No sabía qué pensar, ni qué hacer, ni por dónde salir este príncipe excelente.

Acceso había tenido en su corazón la alegría de ver cómo se disipaba la dominación francesa, pero emponzoñaba esta satisfacción suya la confusión de hallarse nuevamente engañado al figurar como aliado de Francia y el miedo de pasar por traidor si abandonaba á esta potencia. Le podía suministrar excusa el grito violento y hasta amenazante de sus súbditos, forzándole á seguir este rumbo. Pero si sus súbditos se equivocaban, como seis años antes; si Napoleón, á quien se daba por vencido, no lo estaba; si por la primavera reaparecía junto al Elba, triunfante de sus contrarios; si daba al traste con aquella Prusia incorregible; si trataba al sobrino de Federico el Grande como á la casa de Hesse, ¿se hubiera podido alegar una sola queja? Así, ora por miedo á Napoleón, ora por amor propio de no ser engañado, Federico Guillermo se inclinaba á creer que Francia no estaba vencida más que por el momento, y siguiendo las fluctuaciones propias de un alma agitada, tras de creerlo algunas horas, ya no lo creía; después tornaba á su opinión de nuevo, y en el desorden de su mente cedía al hecho actual, es decir, á la presencia de treinta mil franceses en la capital de su reino.

Mr. de Hardenberg, que respecto de Francia había pasado igualmente de la hostilidad á la alianza, era víctima de todas las perplejidades que mortificaban á su soberano y además de las que nacían de su situación personal. Si los sucesos condenaban la política de la alianza con Francia, para el rey había una excusa muy

obvia, la de la debilidad; pero para Mr. de Hardenberg no existía ninguna, se imputaría su conducta á ambición, y á la más vil de las ambiciones, á la que pacta con los enemigos de la patria.

Al saber la defección del general York, el primer movimiento de Federico Guillermo fué recriminar semejante acto. Al par temió verse comprometido con Francia, á la cual temía mucho, y pasar por desleal, lo cual le costaba no poco, pues era verdaderamente honrado y tenía empeño en que por tal se le reputase. Apresuróse á enviar en busca del ministro de Francia, Mr. de Saint-Marsán, y á desaprobar la conducta del general York con energía, jurando que en semejante defección no había entrado por nada. Mr. de Saint-Marsán, que se dejaba persuadir fácilmente por el acento de hombría de bien de Federico Guillermo, le afirmó que dudaría de la palabra de todo el mundo antes que dudar de la suya, y entonces este príncipe quedó consolado, encantado y seducido por la lisonja que le llegaba más al alma, la confianza en su lealtad. En el primer arranque prometió desaprobar públicamente la conducta del general York y someterle á una comisión militar. Mr. de Saint-Marsán llevóse esta promesa como una especie de trofeo que creyó útil oponer á las declaraciones de los enemigos de Francia.

Cuando esta declaración fué conocida, se irritaron mucho los patriotas alemanes, se arrebataron contra el monarca, contra Mr. de Hardenberg, contra la política del gabinete prusiano, y como nuestros emigrados tiempos antes, se dieron á repetir dondequiera que el rey no estaba libre. Sus ministros le dijeron que tal vez había ido más allá de lo razonable, y después de desaprobar la conducta del general York, negóse á que esta desaprobación se publicara.

Mientras en Berlín era la exaltación de los ánimos extremada, los franceses que guardaban la capital de Prusia y tenían tan bien puesto el corazón como antes, respondían á las manifestaciones del patriotismo alemán con especies tan provocativas como imprudentes en alto grado. Aunque Augereau, jefe en Berlín, se mostraba ahora más reservado que de costumbre, jóvenes oficiales declararon que los franceses no se dejarían engañar de nuevo por Prusia, que estaban alerta, que al primer acto de traición se desarmaría á las tropas prusianas, que en el mismo Potsdam se arrebataría á la corte, y que se acabaría con una potencia desleal de continuo. Estas especies, emanadas simplemente del lenguaje irritante de los prusianos, repetidas al rey en mala hora, le inspiraron terror al pronto, y después un principio de cálculo sagaz en demasía. Hasta entonces ni por asomo le había ocurrido la idea de abandonar á Francia; pero la de ser más independiente de su dominio por virtud de los sucesos, de tomar posesión entre ella y sus enemigos, y de contribuir quizá de este modo á una paz ventajosa, se apoderó de pronto del espíritu de Federico Guillermo, como nacida de las circunstancias y también sugerida por la corte de Viena, según va á verse. Para el rey el único medio de llevarla á cabo consistía en salir de la capital de Prusia, hacia donde se encaminaban ya los rusos como perseguidores y los franceses en su retirada, ir á establecer su corte en Silesia, en Breslau por ejemplo, plan no nuevo, pues se había propuesto el año antecedente, estipular con rusos

y franceses la neutralidad de aquella provincia y aguardar allí el curso de los sucesos. Además, convenía aprovechar la coyuntura para armarse en grandes proporciones. Esta última providencia debía agradar á los patriotas alemanes, que se lisonjearían de volver estos armamentos contra Francia, al par que no suscitaría objeción alguna por parte de los franceses, como que acababan de pedir á Prusia que duplicara su contingente.

Para atender á estos armamentos sin aumentar las contribuciones, se proponía el rey de Prusia exigir de Napoleón el pago de los suministros hechos á las tropas francesas. Efectivamente, por el último tratado de alianza se convino en que la cuenta de estos suministros se solventaría dentro de breve plazo, en que el pago recaería sobre los cuarenta y ocho millones que aún debía Prusia, y en que si lo suministrado subiese de esta suma, se pagara el exceso al contado. Ahora bien, los administradores reales calculaban el valor de los comestibles y de los géneros de todas clases suministrados al ejército francés en noventa y cuatro millones. De esta suerte cuarenta y seis debían ser los recuperados, y con ellos bastaba para triplicar el ejército de Prusia, elevarle de cuarenta y dos mil á ciento veinte mil hombres, unirse al Austria, y hacer oír palabras razonables de paz tanto á los unos como á los otros.

Convirtiéndose Francia de acreedora en deudora, por virtud de los tratados anteriores, tenía que entregar las plazas de Stettin, Custrin y Glogau al punto, y así podría hallarse el rey restablecido en Silesia al frente de ciento veinte mil hombres, que se levantarían sin costar al país sacrificio alguno, apoyado en todas las plazas del Óder, aplaudido por los patriotas que clamaban por armamentos, exento de que le reconviniese Francia, á la cual prometía fidelidad inalterable siempre que perseverara en satisfacer los compromisos contraídos y en restituir á Prusia una situación decorosa. Así el monarca, en medio de sus perplejidades, creyendo todavía á Napoleón el más fuerte, no pensaba en venderle, sino que pretendía ser mejor tratado que antes, entendía exigirlo, obtenerlo y contribuir de este modo á una pacificación general de la cual saliera independiente y engrandecido.

Anunciado había el envío á París de Mr. de Hatzfeld, uno de los raros amigos que, según hemos insinuado, quedaban en Prusia á Francia, para alejar toda sospecha de complicidad con el general York. A su cargo tuvo, pues, Mr. de Hatzfeld presentar al gobierno francés las proposiciones siguientes: traslación de la corte de Prusia á Breslau, para estar allí fuera del teatro de las hostilidades; extensión de los armamentos prusianos para servir mejor á la alianza; reembolso del dinero debido para costear estos armamentos; por último, restitución de las plazas del Óder para cumplir los tratados y calmar el espíritu público. Acaso Mr. de Hatzfeld tendría que explicarse en París acerca de una proposición singular dirigida indirectamente por Napoleón á la corte prusiana á su vuelta de Rusia, y era la de unirse estrechamente á Francia por un vínculo de familia, según ya lo había hecho Austria, casando al heredero del trono con una princesa francesa, la cual faltaba hallar todavía. Napoleón había insinuado que, en consideración á este vínculo, restituiría á Prusia una parte

de la extensión y de la independencia que había perdido. Pero á la sazón no era tiempo de que, en consideración al poderío de Napoleón, se pudiesen resolver las cortes de Europa á alianzas con su familia. Por tanto, Mr. de Hatzfeld debía eludir esmeradamente el tratar de este asunto, y declarar bastante al descubierto que, si las proposiciones de que era portador no se admitían de plano, Prusia se consideraría libre de todo compromiso con Francia.

La corte de Austria se hallaba en idénticas perplejidades, si bien para salir de ellas tenía la ventaja de un público menos apasionado, escrúpulos menos molestos y una habilidad más consumada. Después de sostener contra Francia cuatro guerras tenaces y de heredar una rarísima perseverancia en el odio, su emperador acabó por creer que se había engañado y que más valía pactar con Francia que encarnizarse en combatirla. Adecuada era la conducta de las diversas cortes de Europa á quitarle todo escrúpulo sobre este punto, pues Rusia había aceptado en Tilsit la alianza de Francia, sin disgustarse de ella después de los sucesos de Bayona, y Prusia no había tenido otro sentimiento que el de no ser comprendida en ella. Un gran ministro, monsieur de Metternich, había ido de París después de la batalla de Wagram á aconsejar á su soberano que adoptara la política de la alianza francesa por la única buena y diese además como en prenda su hija. Tras de consultar el emperador Francisco á esta princesa, siendo incapaz de coartar su gusto, se avino á ponerlo por obra, y así se hizo suegro y después aliado de su enemigo. ¿Se había engañado también ahora y su ministro juntamente? Luego de conocer las desventajas de la política hostil uno y otro, ¿no la habían abandonado sino cuando cabalmente venía á ser buena, mostrando así cordura sólo fuera de tiempo? Con razón podían preguntárselo á semejanza del rey de Prusia y de Mr. de Hardenberg, su ministro, á la vista de lo que estaba aconteciendo; pero no eran gentes para atormentarse tanto, á causa de su suficiencia para salir mejor del apuro.

Háyase dicho lo que quiera, el emperador Francisco, espíritu fino, reposado, burlón de sobra, y además suegro, no vió en la catástrofe de Moscú más que una ocasión de hacer que Francia avalorara mejor la alianza de Austria, de ponerla en el caso de que le costase más cara, y si no quería dar el precio conveniente, de llevarla á otro punto, sin avanzar más á pesar de todo que á imponer una paz esencialmente germánica á las partes beligerantes. Aun siendo algo menos poderosa su hija, lo sería mucho, y viniendo á figurar Austria como más fuerte y como más independiente Alemania, habría llenado todos sus deberes de soberano, sin faltar á sus sentimientos de padre. De consiguiente en los últimos acontecimientos no veía motivo para afligirse, y aun de resultados concibió una secreta alegría, que nada turbara, á no hallarse expuesto á los sarcasmos de los que censuraban un matrimonio contraído tan inoportunamente. A Mr. de Metternich le desvelaban otros cuidados. ¿Había de perecer por ser consecuente consigo propio, obstinándose en un error, dado que su política lo fuera? Esta manera de proceder es peculiar de los países libres, donde todo pasa á la faz de las naciones, y donde uno está obligado á no desmentirse á sí mismo. Al revés en

los gobiernos absolutos, donde todo pasa á escondidas y se juzga por el resultado, se obra de distinta manera. Mr. de Metternich, que en 1810 no hizo punto de honra de pelear hasta la extinción contra Francia, tampoco pensaba hacerlo en 1813 á todo trance. Cifrado había su grandeza en una política al juzgarla buena, y la cifraría en otra cuando le pareciera mejor á su turno. Además tenía una razón muy bastante para obrar de este modo, y era el interés de su patria. Cambiando en tiempo oportuno, veía el medio, no sólo de conservar su posición personal, sino también de restituir al Austria una situación más elevada, y á Alemania una situación más independiente; no tenía por qué andar en vacilaciones. A menudo se ha cambiado de política por razones menos grandes y honrosas. Sólo que era necesario no pecar de imprudencia, pues aunque, según las últimas noticias de Polonia, apareciese Napoleón más vencido de lo que se creyó al pronto, no estaba destruido ni con mucho: aun podía descargar muy terribles golpes, recuperar tal vez toda su pujanza, y castigar cruelmente á los aliados desleales. De consiguiente había que pasar por una transición hábil, que salvara á la vez la seguridad de Austria, la dignidad del emperador Francisco y el decoro de su ministro. Conducta perfectamente natural, muy explicable, y honrada en realidad y en apariencia, era la de hablar de paz en seguida, primero á favor propio, luego de todo el mundo, y en particular á favor de Francia, todo sin renegar de la alianza. Mientras se hablara ostensiblemente de esta paz al emperador de los franceses, se podían estipular en secreto sus condiciones, ante todo con Prusia y después con Sajonia, Baviera, Wurtemberg y todos los Estados alemanes oprimidos. Tras de concertarla así con Alemania, á la cual se procuraría restituir su independencia, sin cuestionar á Francia una grandeza que nadie pensaba entonces disputarle, se vendría á los armamentos con actividad suma, cosa que así en Prusia como en Austria aplaudirían los patriotas alemanes y toleraría la misma Francia, que había pedido aumento de contingente á todos sus aliados: hecho esto, se ofrecería aquella paz á Rusia, á Inglaterra, á Francia, y no se vacilaría en imponerla á la potencia recalcitrante. Cien mil prusianos, doscientos mil austriacos, cien mil sajones, bávaros, wurtembergueses, hesseses, etc., debían decidir la lucha en provecho de Francia, si admitía las condiciones desechadas por Rusia é Inglaterra, ó en su contra, si la negativa emanaba de parte suya. Con tal de no andar muy de prisa, de tomar espacio para los armamentos antes de declararse, de dejar que los beligerantes estuviesen más agotados, si se desvivían por degollarse nuevamente, se llegaría más á tiempo cuanto más tarde se llegara; y no sólo había así manera de alcanzar un resultado patriótico para Alemania, sino también de obrar con decoro, pues perseverando en la fidelidad á la alianza, se podía proponer una paz que, realizando á Alemania, no abatiera verdaderamente á Francia, ni le cercenara de su estado actual más que algunos excesos de grandeza intolerables á sus vecinos; y se le podía proponer con mayor fundamento en razón de que seguramente se necesitaría amenazar con todas las fuerzas de las potencias germánicas á Rusia é Inglaterra, para lograr una paz de esta clase. Si al cabo, después de obrar tan moderadamente, se negaba Napoleón á todo razonable

ajuste, ya no había que guardarle contemplaciones, y se le podría enseñar la espada de Austria sin sonrojarse de la conducta seguida.

Al punto, y con raro genio político, descubrió Mr. de Metternich el partido que se podía sacar de situación semejante, y salvando su fortuna personal de un paso falso, determinó rehacer la de Austria y la de Alemania, sin faltar á Francia, de la cual era aliado actual y decidido. De acuerdo en todo con el emperador Francisco, que en esta conducta veía satisfechos á la vez sus intereses de soberano, sus deberes de padre y su honor de príncipe y de hombre, desde el primer día obró con la prontitud, el concierto y la firmeza que exige una resolución bien reflexionada y tomada. Acto continuo hizo empezar los armamentos de Austria, luego dedicóse á anudar vínculos secretos con Prusia, con Baviera, con Sajonia; á hablar á todas de una paz concebida en interés de Alemania; á hablar al mismo tiempo á Francia de paz cercana, de paz bastantemente gloriosa, pero urgente, indispensable á ella como á todas las demás comarcas de Europa. En respuesta á la carta dirigida por Napoleón desde Dresde al emperador de Austria, Mr. de Metternich hizo que el suegro escribiera al yerno otra amistosa, paternal, aconsejando la paz sin rodeos, aconsejándola como suegro, como amigo, como aliado. Mr. de Bubna, enviado á París por consecuencia de indicar Napoleón que hubiera á su lado un varón de nota para representar al emperador Francisco, tuvo encargo de protestar de la fidelidad de Austria á la alianza francesa, al par que de recomendar fuertemente la paz, en nombre de Europa que tenía necesidad de ella, en nombre de Francia á quien también urgía mucho; de decir que, si no se acudía á tiempo, quizá muy en breve se sublevaría contra Napoleón el mundo todo, y que entonces la lucha vendría á ser terrible; de decirlo muy amistosamente y sin apariencias de que se daba una lección, si bien con un acento que anunciara convicción profunda, y que más tarde autorizara á considerarse como libre respecto de un aliado sordo á todos los sanos consejos. Positivo encargo tuvo Mr. de Bubna de ofrecer la intervención de Austria, no avanzando á llamarla mediación todavía, cerca de las potencias beligerantes.

Tales fueron las comunicaciones que á la vez asaltaron al genio de Napoleón en los primeros días de enero de 1813. En lugar de reliquias imponentes del grande ejército reunidas junto al Niemen, y haciendo cara desde Grodno hasta Königsberg á los rusos, mientras fueran á unirseles trescientos mil jóvenes soldados, Napoleón veía aquellos restos casi destruídos del todo replegándose hacia el Óder y sin posibilidad de hacer alto en parte alguna, muy amenazados á la espalda por los alemanes; oía los entusiastas gritos de Alemania, pronta á sublevarse toda entera, y se hallaba rodeado de aliados que, hablando de fidelidad por pura fórmula, daban consejos, significaban condiciones, y no sólo hacían dudar de su adhesión, sino que también semejaba que ellos ponían en duda la de Francia, agotada de sangre y cansada de despotismo.

Aunque Napoleón hubiera adquirido corazón de soldado, que sin abatirse pasa de la próspera á la adversa fortuna, afectóse profundamente, y determinó arrugar el ceño y no dejar que se descubriesen las agitaciones de su alma, donde alternativamente se sucedían los más

siniestros presentimientos y las más ciegas ilusiones.

Después del primer arranque de ira contra Murat, á quien achacaba sin fundamento las desventuras de la retirada, arranque llevado hasta el punto de pensar un instante en que se le prendiera (1), calmóse, confirmó el nombramiento del príncipe Eugenio, á quien á mayor abundamiento eligiera si se hallara sobre los lugares, é hizo que en un artículo del *Monitor* se anunciara este cambio.

Aquel artículo mortificante para Murat se hallaba concebido en los términos siguientes: «Hallándose el rey de Nápoles indispuesto, ha tenido que dejar el mando del ejército y lo ha entregado en manos del virrey. Éste se halla más habituado á una administración vasta y posee toda la confianza del emperador.» De seguida y con la seguridad de juicio que le era propia, dictó Napoleón las providencias exigidas por las circunstancias. Testimonio de confianza dió al príncipe Eugenio con el fin de animarle; se esforzó por tranquilizarle relativamente á los peligros de que se hallaba amenazado; le hizo conocer que no osarían avanzar los rusos al ver cuarenta mil franceses en las plazas del Vístula á su derecha, y á su izquierda y en rededor de Varsovia á cuarenta mil austriacos y sajones, fieles aún por más que se mostrasen poco activos. Sin embargo de no inclinarse á fatigar y á comprometer á las tropas reunidas dentro de Berlín en movimientos prematuros, autorizó al príncipe Eugenio para que atrajera á sí á la división de Lagrange como á la división del general Grenier á su lado; y con fundamento le dijo que, teniendo de resultas cerca de cuarenta mil hombres, incluso los diez mil que seguían al cuartel general, de cierto no sería atacado por los rusos si tomaba una actitud firme y resuelta. Por otra parte, cuando más había que vivir un mes de aquel modo, pues no habiendo perdido Napoleón durante los veinte días que llevaba en París ni un minuto, se iba á hallar en disposición de enviar sobre el Elba sesenta mil hombres de refuerzo, con los cuales ascenderían á cien mil los que el príncipe Eugenio juntara bajo su mando, haciéndole inatacable por todo enemigo. Obligados además los rusos á dejar lo menos sesenta mil hombres delante de las plazas del Vístula y cuarenta mil bajo Varsovia, aún no tenían con que enviar hacia delante una masa ofensiva de alguna importancia. Así Posen y el Óder debían figurar, según las apariencias, como término extremo de nuestra fatal retirada.

Lo que más apremiaba era la caballería, pues tanto regular como irregular la tenían inmensa los rusos, y dondequiera sembraban el terror echando por delante á los cosacos, que inspiraban miedo porque no se les conocía y porque se ignoraba que con algunos infantes había de sobra para ponerlos en fuga. Sin demora se necesitara de muchos miles de jinetes, y entre los restos

(1) Véase la prueba de este hecho, que sería difícil de creer sin el documento que citamos.

«Al Virrey.

»Recibo vuestra carta del 16. Ya os he dado á entender que veo con gusto el mando del ejército en vuestras manos. Extravagante parece la conducta del rey (de Nápoles), y tanto que nada me falta para mandar que se le prenda por vía de escarmiento, etc.

»Fontainebleau, 23 de enero de 1813.» (N. del A.)

de la guardia y la caballería procedente con el general Grenier de Italia, no reunía el príncipe Eugenio ni tres mil hombres de á caballo. Napoleón ordenó al general Bourcier, encargado en Polonia y en Alemania de asegurar las remontas, que comprara caballos al contado y á cualquier precio, que los tomara á la fuerza cuando no los pudiera adquirir comprados, que montara así á todos los jinetes vueltos á pie de Rusia, y que despachara al príncipe Eugenio cuantos pudiera equipar sin tardanza. Además invitó Napoleón á todos los príncipes de la confederación del Rin, en interés de sus propios Estados, expuestos á las correrías de los cosacos, á enviarle cuantas fuerzas tuvieran disponibles de caballería, aun cuando sólo fuera un escuadrón de cien hombres, con tal de que estuviera pronto á ponerse en camino. Dos regimientos de coraceros y dos de húsares y cazadores había conservado el rey de Sajonia, formando un excelente cuerpo de unos dos mil cuatrocientos hombres. Para encaminarlos á Posen pidióseles Napoleón con instancia. Todo esto debía proporcionar dentro de algunos días al príncipe Eugenio de tres á cuatro mil jinetes, con los cuales juntaría de seis á siete mil entre todos, y podría contener la audacia de los corredores enemigos.

Napoleón recomendó al príncipe Eugenio que, después de proveer las dos principales plazas del Vístula, Thorn y Dantzick, de fuertes guarniciones, hiciera fluir sobre las plazas del Óder los restos de los antiguos cuerpos, á quienes se había señalado el Vístula como punto de reunión por de pronto; que abasteciera inmediatamente á Stettin, Custrin, Glogau, Spandau; que empleara allí el dinero, y no bastando el dinero la fuerza, en recoger por diez ó quince leguas á la redonda granos, ganados, y sobre todo madera, cortando para proporcionársela hasta los árboles de los paseos públicos; que no se cuidara de las autoridades prusianas, con las cuales habría que entenderse más tarde; que atendiera á las plazas de Torgau, Wittemberg, Magdeburgo, Hamburgo, destinadas á formar una tercera línea sobre el Elba; que las armara y aprovisionara, recogiera allí el material y las arcas públicas, de las cuales se había dejado robar la principal en Wilna, contratiempo que nos costó diez millones de francos; que en ningún punto se reservara más que los fondos indispensables; que encaminara hacia el Rin á casi todos los cuadros del grande ejército, puesto que había que renunciar á la esperanza de formar con los soldados vueltos de Rusia, no ya tres ni dos batallones por regimiento, sino que ni uno solo; que conservara un cuadro de batallón por cada seiscientos hombres; que enviara el resto, y sobre todo, aquella masa de generales sin tropas, que usaban en el cuartel general el lenguaje más importuno; que no guardara á su lado más que al mariscal Ney para lanzarle sobre los primeros rusos que asomaran; que avivara en fin la reorganización de las tropas polacas, les suministrara el dinero que hiciera falta y les tranquilizara acerca de su suerte, anunciando que cualquiera que fuese el destino de Polonia, siempre los polacos estarían á sueldo de Francia y serían franceses si no podían ser polacos.

Tomadas estas primeras disposiciones urgentes, ocupóse al punto en las providencias fundamentales. Éstas, resueltas en su mente desde el primer día, aun le origi-

naban á pesar de todo alguna duda bajo el aspecto de su extensión, pues, antes de anunciarlas, quería que las circunstancias tomaran todo su desarrollo. El triste estado en que llegaban las reliquias del grande ejército, un movimiento retrógrado, que en vez de detenerse en Königsberg, en Grodno, en Kowno, aún no se había detenido en Posen, la defección del general York, el movimiento popular de que fué señalado en Alemania, sucesos eran tan graves que hacían conveniente y hasta forzoso hablar á la nación francesa, pedirla grandes esfuerzos y provocarla sobre todo á manifestar sus sentimientos patrióticos, en respuesta á la exaltación nacional que se aspiraba á excitar en su contra.

Según se ha dicho, Napoleón tenía bajo su mano cerca de ciento cuarenta mil alistados de 1813, llamados en septiembre y que llenaban ya los depósitos. Además tenía los cien batallones de cohortes perfectamente instruídos, formados de hombres hechos, bien que provisionalmente organizados bajo el aspecto de los oficiales. Este era un primer recurso de doscientos cuarenta á doscientos cincuenta mil hombres, muy importante y casi disponible. Duplicarlo resolvió Napoleón de seguida, elevándolo á quinientos mil soldados.

Merced á las facilidades que ofrecía la institución de la guardia nacional, dividida en tres alistamientos, uno de los ciudadanos de veinte á veintiséis años, otro de los de veintiséis á cuarenta y otro de los de cuarenta á sesenta, con el primer alistamiento se habían formado las cohortes de hombres solteros, menos necesarios á sus familias y ya dotados de la fuerza viril toda. Otros cien mil hombres determinó proporcionarse Napoleón de la misma calidad llamando á los jóvenes ya sorteados en los años de 1809, 1810, 1811 y 1812, para sujetarlos á nuevo sorteo. Hoy no se toma en Francia más que la cuarta ó la quinta parte de cada clase, para no agotar la población, y toda clase ya sorteada queda definitivamente libre. Entonces se tomaba la tercera parte, y después se volvía á las clases que ya habían suministrado su contingente, operándose así otro sorteo para elegir los hombres que á los veintidós, veintitres y veinticuatro años hubieran adquirido las condiciones de talla y de fuerza física que no reunían á los veintiuno. Por un llamamiento de esta especie sobre las clases ya libres discurrió Napoleón proporcionarse los otros cien mil hombres de que necesitaba, y con los cuales quería recomponer los cuerpos especiales. Pero habiendo ya suministrado, por virtud de las leyes sobre la guardia nacional, su contingente á las cohortes las seis últimas clases, sólo se dirigió á las cuatro de 1809, 1810, 1811 y 1812.

Finalmente, determinó exigir de seguida la conscripción de 1814, que debía reemplazar en los depósitos á la de 1813, de modo que éstos se encontrasen llenos, aun después de completados los ejércitos activos. Así de los quinientos mil hombres que iba á tener bajo su mano, trescientos cincuenta mil irían al punto á formar con los que aún quedaban sobre el Vístula y el Óder una masa de cuatrocientos cincuenta mil en los depósitos para guardar el interior y las fronteras, sin que perdieran nada de su efectivo los ejércitos de España. También pensaba Napoleón en que se le ofrecieran donativos voluntarios, los cuales, además de cierto valor material, tendrían la ventaja de una gran manifestación nacional.